

pues individuos bien mantenidos, bien abrigados y bien alojados, es natural que procreen hijos sanos y robustos, que puedan llegar á la edad adulta y que aquellos mismos alcancen una vida más larga.

Son numerosísimos los ejemplos que podríamos citar de nuevas poblaciones, formadas rápidamente al rededor de un nuevo centro de trabajo. Pero nos bastará recordar la formación de los recientes vecindarios de Sierra Mojada, el Torreón y la Estación de Villalermo, y los menos recientes de las fábricas de hilados y de papel, establecidas en las cercanías de Guadalajara.

Multiplicar, pues, los centros de trabajo y de producción, es lo mismo que multiplicar los habitantes del país y multiplicar la renta nacional mediante el crecimiento de la riqueza pública.

Ya sea porque los extranjeros afluyen espontáneamente á los nuevos centros de producción; ya porque afuya allí el proletariado de nuestras ciudades, haciéndose apto para la propagación de la especie, todo conspirará al crecimiento de nuestra población, con la ventaja de que su crecimiento estará en relación con el aumento de las subsistencias. (1)

(1) Nuestras leyes de colonización suponen siempre extranjeros pobres, que vendrán animados del natural deseo de mejorar su triste condición, convirtiéndose en pequeños propietarios al llegar á las proyectadas colonias. En verdad que sentimientos de esta naturaleza son innatos en el corazón del hombre; pero la sola tierra no es bastante elemento para transformar lugares incultos en centros productores, y hombres miserables en hombres acomodados. Se necesita además un capital movable que consista cuando ménos en las semillas y plantas destinadas al nuevo cultivo, en los instrumentos y animales de labranza; en los salarios de los traba-

VIII

De no estar en armonía el crecimiento de la población con la multiplicación de las subsistencias, la densidad de la población se convierte en una calamidad pública. No creemos nosotros en la ley de Malthus; (1) ni es por una teoría des-

jadores y en las propias subsistencias, mientras se cosechan y venden los frutos del cultivo emprendido. Se necesita, por último, el capital que ha de invertirse en construir alojamientos, etc., etc.— Así es que, ó las colonias se convierten en elementos de usurarias especulaciones para los empresarios de ellas, ó el Gobierno se vé en la necesidad de suministrar á los colonos todo el capital indicado para que puedan establecerse y sostenerse. De otra manera los colonos abandonan su inútil propiedad, para ir á buscar trabajo ó á mendigar su sustento á los centros de población, cosa que se ha visto más de una vez entre nosotros.

El solo reparto de tierras no resuelve, pues, el problema de la colonización: cosa que no deben perder de vista nuestros estadistas, á fin de que, estudiando más profundamente nuestra situación económica, hagan esfuerzos no para traer hombres, sino para atraer capitales y empresas productivas al país. Este es un medio indirecto, pero grandemente eficaz, para hacer venir los extranjeros útiles á nuestro territorio.

Obrar de otra manera sería echar cargas injustas y onerosas sobre los nacinales y hacer preferencias odiosas en contra de ellos, sin resultados benéficos de ningún género. Si no es que quiera darse este nombre al crecimiento de nuestro proletariado, ya sobre manera enorme.

(1) Decía Malthus que la población sigue una marcha ascendente en proporción geométrica; mientras las subsistencias sólo aumentan en proporción aritmética. Así, mientras la población aumenta como 1, 2, 4, 8, 16, etc., las subsistencias solo aumentan en razón de 1, 2, 3, 4, 5, 6, etc. Y que por tanto llegará un día en que la población acabará por sobrepasar la medida de las subsistencias de todo el globo terrestre, y el excedente de población con relación á los mantenimientos será condenado fatalmente á la muerte. Esta teoría es lo que se llama *ley malthusiana*. «El excedente de población, dice Batbie, no muere literalmente de hambre, á lo ménos en nuestras sociedades civilizadas. El espectáculo de un hombre sufriendo las torturas del hambre, comovería hasta al ménos compasivo; y no hay un corazón tan insensible, que no con-

No conocemos la estadística de la miseria en China, Bengala, Bombay, etc.; pero sabemos que sólo en Pekin, ciudad de millón y medio de habitantes, pululan más de 70,000 mendigos, y que en todas las grandes ciudades del celeste imperio, multitud de niños son arrojados diariamente á las fauces de los perros y de los cerdos. Son por otra parte espantosas las relaciones que hacen los viajeros, de la miseria en que se encuentran sumidas las clases populares en los dominios de la Puerta Otomana y en la mayor parte de los países orientales.

Un autor contemporáneo, Margotti, refiere crueles detalles de la miseria en Londres; y nadie ha olvidado los horrores en que se precipitó el pauperismo organizado en París, bajo el nombre de la Comuna, el año de 1871, ni los terribles sacudimientos que han conmovido á Birmingham y á Manchester en la poderosa Albión.

Y para no acumular datos sobre cosas que nuestros ilustrados lectores conocen mejor que nosotros, sólo haremos ya mención del socialismo, que tan rudamente trabaja en sus propios cimientos á las viejas sociedades de la Europa, y el pánico que en ella han esparcido atentados recientes de los anarquistas.

Los ejemplos citados bastan para demostrar que una grande densidad de la población, se convierte casi siempre en una calamidad pública.

Nuestro extenso y fértil territorio nos librará por muchos años de esas morbosidades, que corroen las entrañas de sociedades, cuyo brillo

exterior suele deslumbrarnos tan completamente. Pero es seguro que más ó ménos tarde, llegará el día en que nuestros pósteros se vean en la necesidad de poner restricciones al aumento de población, y que dolencias sociales de las más terribles, les lleven á meditaciones tan sombrías como las que han hecho para siempre célebres los nombres de Saint-Simon, Fourier, Enfantin, Proudhon, Luis Blanc y tantos otros, para quienes los ayes de la miseria pública no han sido indiferentes.

Es, pues, necesario no sacrificar el porvenir á los cálculos del presente. Por mucho tiempo que nuestros desiertos permanezcan habitados únicamente por las brisas y los pájaros, será esto ménos malo que oír exclamar algún día al pauperismo bajo nuestro cielo azul: «¡Faltan cubiertos en la mesa social!»

Lo repetimos: *capitales y negocios, no hombres, es lo que debemos traer á México.* Los hombres vendrán en pos de los negocios, como en pos del néctar de las flores vienen las industriosas abejas. (1)

(1) Uno de los argumentos más vulgares que suelen emplearse para justificar el empeño de traer colonos extranjeros á la República, consiste en decir: «Faltan brazos á este inmenso país para explotar sus muchas riquezas.» Esto es falso; la oferta de trabajo es demasiada entre nosotros: á tal grado que en extensas zonas de nuestro territorio sólo se pagan á los trabajadores del campo 12 centavos, y aun ménos, por salario al día; haciéndoles soportar su labor desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, sin darles ningún tiempo de descanso.

Y decimos que á veces se paga ménos de 12 centavos por jornal, porque los hacendados hacen generalmente sus pagos en efectos inservibles y carísimos, que compran ellos á los más viles precios en las ciudades. *Cuatro pesos y ración*, es frase consagrada

En todo caso, será bastante que haya abundancia de trabajo y de productos para la población actual de México; supuesto que la abundancia de subsistencias trae infaliblemente una gran propagación de la especie.

IX

Pero no debemos imaginar que falte á nuestro suelo la inmigración extranjera, aunque la imponamos juiciosas restricciones; porque el exceso de población en Europa y el Asia impone como una ley fatal á aquellos países la emigración constante de una parte de sus hijos, como en otro lugar lo hemos indicado.

Si hemos de creer á César Cantú, había á mediados de este siglo 3.000,000 de chinos emigra-

para significar el salario mensual de los operarios en las fincas agrícolas.

En las ciudades se paga generalmente 25 centavos ó más por jornal á los operarios; pero hay siempre una gran muchedumbre solicitando el mismo trabajo; muchedumbre que por la falta de ocupación se ve fatalmente arrastrada al robo, á la prostitución, á los vicios más degradantes, á las cárceles y á la muerte.

Esto consiste en que la propiedad territorial está concentrada en pocas é ineptas manos. En que la industria nacional se ve ahogada por los efectos similares extranjeros y por las cargas fiscales. En que el capital mexicano es excesivamente limitado, y sólo se confía á las combinaciones del agio cosas todas que mantienen al país sin empresas lucrativas y sin demanda para tantos brazos desocupados.

De esta manera nuestro pueblo vive mal alimentado, mal alojado y mal abrigado; ocasionándose con esto la degeneración y estancamiento de la especie, y el retardo de la civilización.

Sólo una gran corriente de capitales y de nuevas empresas hácia México, amparadas por buenas leyes fiscales, podrían redimir de su abyección y su miseria á nuestras clases desheredadas.

dos á la India transgangética; en la Birmania inglesa 1.500,000; en Siam igual número; en Singapur 100,000; en Malasia 25,000; en Java 180,000; en Bocara 80,000, etc., etc.

El número de chinos emigrados á la América ha sido tan grande, que los Estados Unidos se vieron obligados á casi cerrar sus puertas á los hijos de Confucio.

El número de colonos establecidos en los Estados Unidos del año de 1870 al año de 1883, ascendió á 12.500,000 individuos, sin contar los inmigrantes que no vinieron bajo los auspicios de las compañías colonizadoras.

Se calcula en 700,000 el número de inmigrantes extranjeros que llegan anualmente al territorio de la Unión Americana; en 120,000 los que llegan cada año al Canadá; 170,000 los que llegan á la Australia; 80,000 los que llegan á la República Argentina; 30,000 los que llegan al Brasil, y 600,000 los que llegan á todos los demás países del continente americano.

Esta poderosa corriente de emigración buscará espacio donde derramarse, sin necesidad de que nosotros mismos le allanemos el terreno.

Nuestro talento consistiría en aprovechar lo mejor de esa corriente, sin gravar el Erario Nacional y sin lastimar los intereses y sentimientos de *los nacionales*.

La manera de aprovechar lo mejor de esa corriente, es seguramente poner restricciones juiciosas á la inmigración. No admitir enfermos, mendigos, vagos ni criminales; exigir á los in-

migrantes la justificación de poseer algún oficio, arte ó industria honestos para vivir, ó algunos recursos con que hacer frente á las necesidades de la vida mientras se dedican á algún trabajo, etc., etc.; restricciones de que nos están dando ejemplo últimamente los Estados Unidos, país eminentemente práctico.

¿De qué puede servirnos, si no es para funestos males, esa multitud de prostitutas, toreros y vagabundos sin oficio, que nos vienen constantemente de allende el Atlántico?—No es ésta seguramente la inmigración que contribuirá al engrandecimiento y prosperidad de la República.

X

El Sr. D. José María Romero, diputado por Querétaro al Congreso de la Unión, pronunció en la Cámara Popular el 10 de Diciembre de 1885, un notable discurso, en el cual, aglomerando datos estadísticos, pretendía demostrar que la gran prosperidad material de los Estados Unidos y el maravilloso crecimiento de su población, se debe á la fácil apropiación de los terrenos públicos por parte de los inmigrantes extranjeros. No es sólo el Sr. diputado Romero quien ha deseado imitar á la vecina República en pocas ó muchas cosas. Este espíritu de imitación ha extraviado frecuentemente á nuestros hombres de Estado; y ya hemos dicho más arriba que nuestras leyes sobre

colonización obedecen principalmente á una imitación pueril de lo que hacen los Estados Unidos.

Estas ofuscaciones son, si se quiere, muy naturales en espíritus poco fuertes y poco reflexivos; porque, á la verdad, es tan grande el adelanto material de la Unión Americana, que parece imposible deje de ser bueno todo lo que allí se practica.

Pero aun admitiendo esto como cierto, es necesario no atribuir á causas aisladas y determinadas la propiedad de aquella República.

Porque esta manera de ver las cosas ha llevado á los países latinos de América á errores más fuestos quizá que los nacidos de sus sangrientas revoluciones.

Adoptar *á priori* leyes y sistemas de un país situado en diversas latitudes, poblado por hombres de otras razas, de otra educación, de otras costumbres, de otra religión, de otra lengua, de otro temperamento, de otra organización social; elementos todos completamente diversos de nosotros y de nuestras cosas, será siempre una utopía insensata y un error político de los más desastrosos.

El pez que vive y se propaga en la azulada onda, muere si se le abandona entre flores y hermosos frutos falto del líquido elemento.

No es precisamente su admirable constitución política: no sus leyes de sobre colonización: no sus leyes mercantiles, agrícolas é industriales lo que ha hecho de los Estados Unidos el pueblo más próspero de la tierra, sino el conjun-

mentida por la observación, por lo que aconsejaríamos restringir la inmigración extranjera; pero sin perder la mente en un laberinto de especulaciones estériles, es conveniente fijarnos en las terribles úlceras que corroen, no digamos ya á países asiáticos como la China, sino aun á las más poderosas y cultas naciones de la Europa.

En Inglaterra, emporio de las riquezas del mundo, fueron socorridos en sólo el año de 1840, por la beneficencia oficial, 982,516 individuos. El año de 1853, socorridos 1.022,996 individuos incluyendo los niños expósitos. Imposible sería fijar el número de individuos asistidos al mismo tiempo por la caridad privada; pero se sabe que el año de 1848, fueron socorridos por la beneficencia particular más de 40,000 mendigos vagabundos. En la beneficencia de los asilos y fuera de ellos gastó Inglaterra 1.626,201 libras esterlinas en el primer semestre de 1849; es decir, que la miseria

sienta en desprenderse de una parte de lo necesario para prolongar una vida próxima á extinguirse. Pero el aumento de población trae consigo la carestía de las subsistencias, y esta carestía las hace ménos accesibles á las pequeñas fortunas. Aquellos que antes tenían una mesa abundante, se ven después obligados á reducirla, y á nutrirse de una manera insuficiente. Una nutrición defectuosa debilita poco á poco los temperamentos aun los más vigorosos, y por fin apresura y multiplica los fallecimientos. Así el excedente de población se ve condenado á la muerte: no á una muerte instantánea, sino á la muerte lenta que resulta de las privaciones.»

Para evitar este excedente de población, proponía Malthus lo que él llamaba *medios preventivos*, á saber: la continencia voluntaria, el celibato, etc. Todas estas especulaciones sólo servirían para extraviar el criterio de un hombre de Estado, quien debe estudiar no las teorías de ideólogos visionarios, sino los hechos y necesidades prácticas del pueblo que le ha puesto al frente de sus destinos.

pública echa sobre los hombres de aquella nación la inmensa carga de 162.620,100 francos anuales! Y esto sin contar con las sumas erogadas por aquella caridad, que no se presta al *réclame* de las estadísticas y que conforme al precepto del Evangelio, hace el bien con la mano derecha sin que lo sepa la izquierda.

En la ciudad de Lile, Alsacia, descubrió el economista Blanqui cierta especie de habitaciones infernales. Eran sótanos de 4 á 5 metros en cuadro, sin más respiradero que un agujero, que servía como puerta de entrada; se bajaba á aquellos antros por escaleras de mano de 15 á 16 travesaños: las paredes chorreaban agua y entre aquellas tinieblas dormían á veces hasta seis personas sobre el desnudo suelo. En tan horribles condiciones vivían como unas tres mil familias, compuestas de 15,000 individuos.

El gobierno francés, mediante una investigación escrupulosa, comprobó la verdad de las revelaciones de Blanqui.

Al hablar de estas tristes miserias, añade Ottovon Leixner, que las madres, incapaces de crear á sus hijos por falta de alimento ó por la necesidad de trabajar para ganarse un escaso sustento, daban sus pequeñuelos á ciertas amas campesinas, quienes por una insignificante retribución se encargaban de criarlos, de buscarles amas caritativas ó *de matarlos*; haciendo de esto una verdadera industria, de la cual refiere detalles horrorosos un informe de la Academia de Medicina de Paris.